

PALABRAS DE UN HUMILDE

¡Grande Rubén de la lira de orol
¡Regio señor de los ritmos audaces!
¡Dios del confín del silencio sonoro!
¡Rudo titán de los labios voraces!

Fuerte y febril á lo Dante y Homero;
amplio de luz cual un sol en la altura,
sabes vibrar como al choque el acero,
cincelador de la diosa Amargura.

Viento sutil de la selva florida;
mágica voz que tu fama pregona;

dulce cantar que embalsama la herida,
lírica flor de la griega corona.

Haces reír cuando hay risa en tus labios;
haces llorar cuando hay llanto en tus ojos.
Eres de miel en la ruta de agravios,
eres de azul en la senda de abrojos!

¡Lleno de amor para el pecho anhelante,
leno de paz para el pecho exaltado!
¡Ángel del Bien con el alma triunfante,
Cruz de dolor que redime el pecado!

Es tu laud una escala de ideas
—rosas después en el monte Parnaso—,
que hacen brillar, como ricas preseas,
la hirsuta piel del solemne Pegaso.

¡Ah, del valor de tu inmenso tesoro,
rudo titán de los labios voraces,
Dios del confín del silencio sonoro!

¡Ah, del valor de tu regio tesoro,
mago señor de los ritmos audaces,
grande Rubén de la lira de orol

Huésped egregio de Olimpo lejano,
¡oh, gran Rubén, si me dieras la mano!

E. ARAGONÉS ITÚRBIDE.

EL POETA HISPANO-AMERICANO

Con la pérdida de Rubén Darío no ha muerto sólo el primer poeta de lengua castellana; hemos perdido además el hombre que servía de nexo y unión á todos los componentes del mundo hispano.

Rubén Darío no era de aquí ni de allá, de Nicaragua ó de Chile; era de todas partes; era exactamente el poeta español, español por antonomasia. Era el príncipe de los escritores españoles, y, para mejor decir, era el emperador de un imperio que tiene como base única y sólida el habla.

Este fenómeno de la unanimidad sólo

se ha dado, modernamente, en Rubén Darío. En todas partes donde llegó á residir se efectuaba el mismo hecho curioso: el público lo adoptaba como suyo. Era, pues, de todas las naciones castellanas. Vivió en Chile, y los chilenos le llamaban su compatriota; vivió en Buenos Aires, y los argentinos lo adoptaron con un fervor entusiasta; los españoles le consideraban español... Entretanto, el poeta se dejaba querer por todos, y se reconocía, en efecto, sucesivamente nicaragüense, chileno, argentino, español.

Otros escritores del mundo castellano tienen un renombre grande y legítimo; pero esa gloria nunca es total, completa y unánime, sino circunscripta al país natal y á una zona de irradiación relativa. Pero Rubén Darío lograba iguales triunfos en todos los países. Todos los países lo comprendían y estimaban con la misma fuerza. Fué, en una palabra, el hombre que prestó unidad al sentir castellano; el poeta unánime del mundo español,

el nexo ideal y propicio de tantas gentes dispersas. Sólo por esto merecería nuestra veneración, sino interviere además el extraordinario valor de su obra poética.

Ha muerto un gran poeta. Un gran poeta definitivo, esa cosa rara que los dioses conceden al mundo tan pocas veces y en tan espaciados intervalos de tiempo. Á diario vemos surgir poetas; oímos constantemente el rumor métrico de las versificaciones; salen al mundo los versos con diversas sonoridades, expresando motivos líricos, épicos, filosóficos, teosóficos... De pronto escuchamos la melodía de un auténtico poeta, y todo aquel ruido versificador queda eclipsado, como los vanos rumores de la selva ante el canto del ruiseñor.

Al principio, debo confesarlo noblemente, sentí una cierta hostilidad por Rubén Darío. Me enojaba su veneración excesivamente francesa, como humilde tributo del mestizo americano hacia la

brillante cultura de París; me enojaba su pirueteo verbalista y esa su propensión tropical á producir efectos gramaticales con artificiosas incorrecciones.

Otras veces, sin embargo, hemos desdeñado á poetas que luego nos han vencido para toda la vida. También al principio desdeñaba yo á Heine, y más tarde me sujetó con su íntima garra genial. Así también he caído en la órbita sugerente y mágica de Rubén Darío, y considero su Sonatina como una piedra preciosa, y para los instantes críticos de la melancolía suben del alma á los labios aquellos versos...

Juventud, divino tesoro.
ya te vas para no volver;
cuando quiero llorar, no lloro,
y á veces lloro sin querer.

Personalmente conocí á Rubén Darío en Buenos Aires, dentro de la casa de *La Nación*. Lo habían llevado, como cartel de propaganda, unos editores parisinos, á lo largo de Sudamérica. El poeta se

dejaba llevar, con esa torpeza económica y esa sumisión humilde que hicieron de su vida una cosa quebrada, negligente, turbia y pintoresca.

Se le dió un banquete apologético, y yo formé en el número de los comensales. Olímpico banquete, si hay que opinar por el precio: mi escote personal me costó la suma de 36 pesos, la cifra más alta que he pagado por una comida.

Durante el banquete tuve al poeta frente á mí. Estaba en actitud violenta, contenida. Disimulaba, se abstenía, sufría... Cuando el vino de Champagne comenzó á burbujear sobre la mesa del banquete, yo recordé la opinión general, que asignaba á Rubén Darío un amor ferviente é inapelable por el rico vino francés. Pero el poeta, bajo el imperio de todas las miradas admiradoras y observadoras, se contuvo. Y sus grandes y dulces ojos de mestizo vieron correr las copas espumantes, en una moral y heroica abstinencia.

El rostro grande y rapado de Rubén Darío se me presentó como la expresión de un espíritu que podría haber sido fuerte, y que no quiso serlo, un poco por desidia, ó acaso porque no sintió la necesidad de ser fuerte... El triunfo próximo, pronto, universal; el halago inmediato y fácil de todos los públicos; la falta de necesidad; esto le llevó por el camino de atajo hacia la muerte prematura. Aquella estoica y moral abstinencia del banquete ruidoso, abundante, lleno de Champagne, me ilustró en el conocimiento de un carácter que, por lo menos, poseía la íntima armazón de la fuerza.

Observé en sus ojos una duplicidad de expresión. Había en aquella mirada tanto de amabilidad como de recelo, ese recelo vigilante que suele notarse en los hombres tímidos, inteligentes y que han viajado y vivido mucho.

En cuanto al público de la Argentina, siente por Rubén Darío una verdadera veneración. Los argentinos no se resig-

nan á llamarle extranjero; le tienen por un hijo preclaro del Plata; á estas horas le llorarán con un dolor angustioso.

Es allí, en la Argentina, donde tiene el poeta acaso los más vehementes amadores. Los argentinos no olvidan que las "Prosas profanas", "Los raros", y numerosos artículos encantadores, fueron escritos en Buenos Aires, en medio de una bohemia extraña. Y era extraña su bohemia, porque se ejercitaba en un ambiente hostil, en una ciudad cartaginesa, entre la balumba de los agiotistas y los vulgares buscadores de oro.

Cayó, pues, Rubén Darío en Buenos Aires como una magnífica perturbación. Sus versos revolucionarios causaron morales catástrofes. Los jóvenes se volvían locos. Formó en seguida *escuela*, y un grupo tumultuoso de criollos dejaron que el pelo les creciera en libertad. Y los cateducúmenos de la nueva poesía, dando de través á los negocios y las cotizaciones, renunciaron á la riqueza amonedada por

escuchar é imitar al vate. Se hartaban, entretanto, de líquido germano en la cervecería de Anes Keller, especie de elegante bodegón al estilo de Munich...

Ahora el poeta descansa en el seno de la muerte. Después de Campoamor y de Zorrilla, él ha cumplido la grave misión de unir y acordar los diversos componentes del mundo castellano. Esta vez no ha sido un español peninsular el primer mago del espiritual imperio; la fortuna quiso que fuera un español de América quien arrostrase la responsabilidad del cetro. Esto nos hace entender que, verdaderamente, y, en efecto, la vida se amplía hoy más que nunca, y que las naciones no son ya meros conceptos geográficos y políticos. Hay una nación positiva que se sustenta sobre el idioma. Y esta inmensa y ascendente nacionalidad castellana, ó española. (¿Por qué desearíais vosotros, los catalanistas, desdeñar el regalo que os brinda la Providencia de pertenecer á una Patria grande, univer-

sal, cada vez más grande é ilustre? ¿Por qué no había de salir de Cataluña, ó de Vasconia, el sucesor principesco de Rubén Darío, nexo cordial de veinte naciones?)

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA.

LA ADONIA DEL POETA

¡Los huérfanos gimen! Es que ha muerto el coloso
cantor de amor y de marcial trofeo.
Como murió el Adonis de perfil hermoso,
ha muerto Adonis el del rostro feo.

¡Maldita hermosura de la carne que es fatua
—del fruto podre vanidad de cáscara—,
bella sólo por ser modelo de la estatua!
¡Qué importa la hermosura de la máscara!

¡Malditas las cosas silenciosas y estáticas!
¡Maldito el charco-espejo de Narciso!
¡Bendición á las liras y á las flautas áticas
que estremecen las figuras del friso!

¡Maldición al verso que es de peltre y de talco!
¡Oro de gloria á Rubén en su Adonia!
Llantos y anémonas sobre el gran catafalco,
entre los nítidos fustes de Jonia.

Rizos de piedra, espiras, capitel jónico.
Volutas retorcidas cual zarcillos
que fueron molinetes de un puntero armónico
para los melódicos caramillos.

Helicoidal tirabuzón de caracolas
hecho en el blanco cabello del Paros,
curva remedada de las egeas olas
de los flancos del mar zarcos y claros.

¡Rubén Darío, has muerto! ¡Rubén Darío,
de marfil y ébano tu lecho sea!
¡Besen airones de humo de mirra tu frío
cuerpo, dispuesto al connubio con Rhea!

¡Oh, Cibeles, que tienes collados por senos,
en ti la savia del mundo se encierra!
¡Para los muertos tus pechos están siempre llenos!
¡La última querida del hombre es la tierra!

En Nicaragua la hija de Telus te espera,
gran poeta de erótico prestigio;
serás grano de oro en su gran sementera.
Ella te amaba como al Atis frigio.

(Atis, envidioso de verla tan fecunda,
con una piedra aguda se castró;
con su virilidad murió, y la coyunda
de su carroña á Rhea fecundó.)

Y es que la Cópula y la Muerte son lo mismo:
eslabones causales, altos nexos,
lucios lampadarios del sideral abismo.
¡Gloria á las Agonías y á los Sexos!

¡Gloria á las lúbricas metafísicas hambres
que redimen del lodo y del marasmo!
¡Gloria á las rosas negras de rojos estambres!
¡Gloria á la ciencia, hija del espasmo!

¡Muerte, madre de metamorfosis hermosas!
Cual vino á ser mariposa la oruga,
vendrá á ser sangre el rosal y la carne rosas.
La Materia Eterna siempre está en fuga.

¡Böcklin, Maeterlinck! Quien fornicaba se destruye,
y la Intrusa es potente y es lasciva;
el protoplasma muerto hacia otras formas huye,
y queda del Dolor la llaga viva.

¡Rubén, Rubén! Queda en carne viva mi lacra
ante el despojo de tu carne muerta.
¡Mas no lloro! Se dió á ti la Armonía sacra,
y hoy devuelves al Cosmos su alta oferta.

Rubén Darío, sol mítico y panteísta,
en el Gran Todo tu substancia fluye;
tu verso cadencioso, síntesis de artista,
entre las multitudes se diluye.

¡Morir no es morir! Es proteica mudanza.
De aspecto en aspecto transmigramos,
y con nuestros sollozos, la Unica Esperanza,
El Devenir, la Muerte denigramos.

Como ante el Sol, hay que cantar ante los muertos,
porque han ascendido unos tramos más
en la Infinita Escalinata. Están ciertos
de lo que hay del velo mayo detrás.

Rubén, no te lloro, porque no te he perdido;
te canto, porque aún canta tu recuerdo
en mi alma de alumno. Tus versos he aprendido,
y porque te recuerdo no te pierdo.

Tu carne nutre el asfódelo del montículo;
al trasmontar, la vida se remoza,
y silba la flauta de cañas de Janículo
los rotundos escolios de Spinoza.

MAURICIO BACARISSE

EL HOMBRE

Ha muerto joven todavía; pero con el espíritu ya viejo, cansado, agotado. Como Verlaine, su amigo inseparable, fué un derrochador, lo mismo de su arte que de su vida. Cuando estuvo de paso por Madrid, en dirección á la Argentina, sus amigos decían asombrados que Rubén Darío iba á emprender el verdadero viaje al otro mundo. Y así fué. Porque el poeta, consumido por la neurastenia, en la que cayó después de una vida disipada y tormentosa, se ha dejado morir como cualquier mendigo. Hace poco tiempo escribía á un amigo suyo de Barcelona, y su carta, rebosante de

amargura, daba idea de las escaseces que sufría y de la impotencia absoluta en que se hallaba para trabajar. Esta carta sirvió de pretexto á una campaña pidiendo protección para el hombre que no tenía qué comer. Y este hombre, que no tenía qué comer por haber derrochado á manos llenas el dinero, tuvo un gesto heroico, gesto de artista, gesto de nobleza, y en un artículo—el último artículo quizás de Rubén Darío—exco- mulgó á los que para él pedían diciendo “que despreciaba los salarios adquiridos por socorro”.

Y Rubén Darío se ha dejado morir como el mismo Verlaine, como nuestro Zorrilla, con un gesto despectivo para la Humanidad, que no le comprendía.

Su vida es más admirable que su obra. ¡Qué profanación!—dirán, seguramente, los poetillas hueros que se entusiasma- ban con las sonoridades de Rubén.

Pues, sí, señores. Las andanzas de Ru- bén Darío por tierras de América, por

España, en el mismo París, son precisamente las que dan acabada sensación del alma de aquel inmenso artista.

Cuando Rubén Darío hizo versos por el gusto de hacerlos, se elevó sobre todos y fué el genio. Pero, ¡ahl, cuando el poeta necesitó producir para comer, cuando cayó en manos de los editores, él mismo lo decía: "Me sonroja leer mis mismos versos".

Triste verdad. Rubén, que ha tenido el poder de Dios, porque creó una forma poética, sacrificó luego á su vida toda la labor de artista.

Los gobiernos de su país, deslumbrados por la fama de Rubén Darío, le designaron como representante en las Embajadas, y Rubén Darío, que era un gran humorista, hizo las cosas más divertidas, llegando á escandalizar como Petronio y á hacer famosas sus fiestas, verdaderas orgías, en las que el poeta, con gran gentileza, demostraba la inutilidad de las funciones diplomáticas.

Muerto Rubén Darío, su obra queda. Será uno de los glorificados, y su nombre sonará en los labios de sus admiradores con esa santa unción de todo lo sobrenatural.

Y su espíritu mal comprendido seguirá infestando nuestra literatura por la ramplonería cursi y decante de esos malhadados poetillas que tan decidida vocación sienten por el ridículo.

ANTONIO DE LA VILLA